

Notas sobre los límites de la importación teórica. A propósito de Judith Butler.

Alejandra Ciriza

Desde el campo de la filosofía, Alejandra Ciriza sitúa su intervención en un conflictivo y polémico punto de intersección entre la producción académica, las importaciones teóricas que descuidan las condiciones situadas de producción discursiva y sus consecuencias a nivel de las políticas feminista y queer. Critica en la obra de J. Butler, el efecto de desmaterialización y deshistorización de los cuerpos sexuados, y refiere la hipnosis que produce en el mundo académico, a que devuelve una imagen del mundo detenida en los umbrales de la seudoconcreción: el punto en que su teoría se detiene es el de lo impronunciable para el capitalismo, la brutal materialidad de la dominación sobre los cuerpos.

El campo de debate académico del feminismo ha sido y es un espacio complejo. Tanto por la diversidad de formaciones disciplinares de las académicas como por que lo que se halla en disputa, las relaciones entre diferencia sexual y distribución del poder, implica intervenciones tanto políticas como académicas, es decir, un juego sumamente complejo y a menudo embro-

llado y tenso entre compromisos, pertenencias, intereses, espacios cruzados por lógicas parcialmente diferenciales. Se trata, además, de un espacio que nació bajo la impronta de debates internacionales e importaciones teóricas, por ello profundamente asimétrico y desigual. Un asunto que por cierto no nos es exclusivo, pero acerca del

cual es conveniente reflexionar a partir de la agudización de ciertas discusiones en el campo de la teoría feminista latinoamericana y de la emergencia de los estudios queer como una especialidad académica, conmovidas las certidumbres ligadas a lo se ha denominado "heterosexualidad obligatoria" tanto a partir de la deconstrucción y crítica teórica del binarismo de género como a partir del cuestionamiento de las fronteras entre los géneros sexuales proveniente de las performances llevadas a cabo por los grupos queer, así como por la defensa de espacios y derechos propios por parte de diversas agrupaciones ligadas con las llamadas políticas de identidad: lesbianas, travestis, gays, intersex, bisexuales, transexuales (Bellucci y Rapisardi 1999, Butler 2001, Spivak, 1997).

Los rasgos propios del campo hacen de éste un lugar desde el cual es posible leer, a manera de síntoma, algunas de las dificul-

tades de la producción académica en el campo de la filosofía y las ciencias sociales en América Latina.

Los debates relativos a la cuestión de la diferencia sexual/ de género se vinculan con la incorporación de elementos conceptuales procedentes de la filosofía y el psicoanálisis, en los cuales aparentemente ninguna relevancia tiene la cuestión del lugar de producción. No se trata de antropología, ni de política en el sentido inmediato del término, sino de filosofía y psicoanálisis. Sin embargo, trataré de sostener, las teorías portan las marcas de sus condiciones de producción, a la vez que remiten a horizontes políticos específicos tanto en los debates que abren como en las propuestas de acción política que expresa o tácitamente formulan.

Haré referencia en este texto a la producción de Judith Butler, dado que el estallido de las identidades y de las fronteras entre sexo y género tiene en su obra un lugar privilegiado, y a que se ha convertido en una referencia bibliográfica obligada para los estudios feministas, de género, queer en América latina¹.

Desde mi perspectiva las actuales condiciones de producción académica favorecen la importación de herramientas teóricas y conceptuales acuñadas en la academia norteamericana sin la suficiente vigilancia epistemológica, como hubiera gustado señalar Bourdieu, respecto de los contextos de debate en los que nacieron. Una suerte de recaída paradójica para quienes, como las feministas, hemos insistido acerca del carácter corporizado y situado del saber. Probablemente porque los reclamos de situacionalidad difícilmente pueden ser pensados, debido a la naturaleza y objeto de nuestras discusiones (la cuestión de la sexualidad, del cuerpo, de las identidades de género) como asuntos ligados a

ubicaciones geográficas o pertenencias académicas.

La propuesta de Butler, establecida en dos textos de amplia circulación, **El género en disputa**, publicado en la década del 90, pero traducido en 2001 al castellano y **Cuerpos que importan**, un intento de responder a las críticas que desataran su primera intervención, apuntan a la disolución de la distinción sexo/ género sobre la base de la hipótesis (a su vez importada de la teoría foucaultiana) de que el sexo no es otra cosa que el producto de una estrategia biopolítica de posesión de un fundamento prediscursivo, y por ello natural, sobre el cual organizar un sistema bipolar y dicotómico de clasificación de las identidades/ orientaciones sexuales posibles para un sujeto (Butler, 2001; 2002).

Si sólo hay dos sexos la regulación binaria de la sexualidad se instala como horizonte de inteligibilidad de las identidades de género posibles. La regulación binaria de la sexualidad suprimiría la multiplicidad subversiva sometiendo los procesos de constitución de sujetos a las reglas de la heterosexualidad obligatoria y a las pautas del sexo normalizado y reproductivo regulado por el discurso médico y jurídico. La estrategia de Butler resulta entendible a la luz de una serie de supuestos que hacen a su lugar de enunciación: la apuesta a la disolución de la materialidad real del cuerpo, a pesar de sus observaciones mitigantes en **Cuerpos que Importan** se ligan a su pertenencia académica y disciplinar, el departamento de Retórica y Literatura comparada de la Universidad de California, Berkeley y la filosofía, una disciplina sin objeto empírico, un saber sin anclaje que habilita al deslizamiento en lo que a la cuestión de la subjetividad se refiere. En última instancia nada nuevo, aun cuando las investiduras deconstruccionistas puedan

parecer deslumbrantes: el sujeto filosófico siempre ha sido abstracto y desencarnado. La pertenencia de Butler al sistema académico norteamericano, así como las características propias de la cultura política de su país han improntado de manera decisiva su perspectiva: es interesante por ello considerar que dos cuestiones conforman su horizonte de interrogación, a saber, por una parte las políticas de identidad como estrategia de demanda de derechos y por la otra el carácter normativo de la política norteamericana. Efecto de su iterabilidad, los sujetos, se forman mediante rituales siempre susceptibles de un cambio de rumbo: de allí la necesidad de repetirse y reinstalarse (Butler y Laclau, 1999: 127). En un horizonte donde lo decisivo en cuanto a la constitución del sujeto político y las identidades de género pasa por discursos e identidades performativas e inestables la historia y sus densidades nada tiene que hacer.

Butler apuesta al terreno de la indeterminación. La difuminación de los límites entre lo discursivo y lo extradiscursivo y la ausencia de anclajes en el mundo de las prácticas históricas, así como la concepción de la política como escenificación cultural convierte el mundo histórico y social, y los sujetos mismos en el efecto inestable de parodias, repeticiones y performances que no dejan tras de sí determinación alguna. En un espacio indeterminado en cuanto lógico y discursivo ninguna marca de cuerpo ni de historia es posible salvo como iteración de contingencias evanescentes y provisionarias. La apuesta a la disolución de lo real y a la subsunción del cuerpo en el discurso, la disolución de los límites y marcas y sus huellas duraderas hacen de su propuesta una herramienta ambigua, tanto en el terreno teórico como político. En el terreno leve de los discursos, las performances, la filosofía, los sujetos pueden hacerse y rehacerse en juegos en los que nada como la vida, la exclusión, la muerte, la pobreza, la locura se juegan. Butler puede interrogarse sin escándalo: "¿Existe algún trasfondo o contexto que forme el horizonte tenue pero necesario de lo que llamamos contexto? ¿Tendrá el contexto... una necesidad que estrictamente hablando no es una necesidad lógica, o causa, sino tal vez una necesidad histórica de algún tipo? (y continúa) ... el género no es un núcleo interno o una esencia estática, sino una realización reiterada de las normas que producen retrospectivamente la apariencia de género como una profundidad interna constante ... aunque el género se constituye performativamente mediante una repetición de actos (que en sí son la acción codificada de las normas) no por esa razón está determinado. De hecho el género puede rehacerse y reescenificarse mediante la necesidad reiterativa por la cual se

constituye" (Butler y Laclau, 1999: 133) Sólo alguien que imagina el espacio de la política como desmarcado de los límites de la historia puede formular semejante pregunta, sólo alguien que imagina la subjetividad como el puro efecto de interrelaciones discursivas, sin resto real, puede sostener sin rubor semejantes afirmaciones, inteligibles por cierto si se tiene en mente un escenario de representaciones paródicas repetidas por sujetos desencarnados y deshistorizados, desprovistos de las marcas de la corporalidad, la sexualidad en el sentido psíquico del término, la experiencia política y subjetiva previas. Sin memoria.

Sus palabras y posición son relevantes si se tiene por objeto la producción de una crítica filosófica del esencialismo, pero resultan problemáticas si intentamos trasladarlas al espacio de la práctica política. No digamos al de la subjetividad efectiva de los sujetos reales, aquellos cuyos cuerpos guardan la memoria de los nombres, pero también del peso a menudo brutal y difícil de remover de las exclusiones y los dolores, de las mutilaciones y las hambrunas, de las torturas y las golpizas de la policía en países como el nuestro, donde la corporeidad es algo más que una escenificación provisoria. El cuerpo contradictoriamente sublime de Butler es altamente compatible con el del ciudadano abstracto que la experiencia política de su propio contexto social y político puede proporcionarle. Filósofa, la densidad de las consecuencias psíquicas de lo que ella llama performances de género parecen pasarle desapercibidas; académica, ligada al campo de la crítica literaria y de la filosofía y a una tradición como la posmoderna que toma seriamente como acto político la escritura, no puede advertir sus anclajes en la historia, las determinaciones efectivas de las condiciones materiales de existencia no sólo individuales, sino colectivas.

¿Cuáles son, entonces, las razones de su impacto sobre las producciones académicas y los debates feministas en América latina?

Desde nuestra perspectiva la academia latinoamericana, y más específicamente la argentina se halla, como indica Pablo González Casanova en un momento de "debilitamiento del pensamiento teórico". Según González Casanova la generación de teoría y nuevo pensamiento crítico se ha desplazado desde fines del siglo XX a los nuevos movimientos sociales... a partir de la unión de muchos de ellos con los viejos movimientos sociales de trabajadores y campesinos y con los intelectuales donde se encuentra el centro de la reflexión teórico-política de nuestro tiempo" (González Casanova, 2003).

La lógica que guía la producción académica en el campo de las ciencias sociales y la filosofía se halla cada vez más gobernada por procesos de transnacionalización y por la incorporación de criterios técnicos y burocráticos importados de las ciencias duras, por un lado, y de la poderosa academia norteamericana, convertida en una usina de producción discursiva que se expande *urbi et orbis* por el otro. Y ello no es debido a ninguna conspiración universal, sino a que en la nueva reconfiguración del capitalismo el espacio académico se ha organizado según una lógica de especialización, profesionalización y transnacionalización (Wallerstein, 1996). He sostenido en otros trabajos que intelectuales y científicos asisten hoy a una expropiación de su capacidad de planificar su trabajo tal vez comparable a la reconversión que, para los trabajadores manuales, implicó la reorganización *taylorista* después de la crisis de 1895. Somos, en ese sentido, más proletarios, que nunca (Ciriza, 1999). La lógica del capitalismo tardío y el hábito de considerar la forma de la síntesis social como independiente de la forma de conocimiento, la teoría del reflejo, o el idealismo más absoluto instalados como sentido común en la sociedad sostiene la neutralidad de la ciencia y de la técnica y la indiferencia del conocimiento respecto del orden social (Sohn Rethel, 1979, Ciriza, 1999) tiene como su contrapartida una desesperada necesidad de recuperar a través de relatos un cierto sentido para el mundo que habitamos. De allí el *revival* de las humanidades, que ha contribuido en una medida no pequeña al éxito académico de los y las herederas/ os del postestructuralismo francés y su retórica estetizante.

Una suerte de nudo complejo y contradictorio articula aumento de las presiones burocráticas sobre la producción académica, que escinde el campo entre académicos y consultores, entre proyectos cuantificables y financiados y periferia humanística, entre conocimiento científico, confundido por los administradores de la ciencia con tecnologías aplicables y diversas y confusas formas de la literatura: los saberes ligados a lo social. A ello se suma la aceleración de los procesos de producción intelectual, que hace necesario estar al tanto de la novedad académica y contribuye a profundizar el impacto que los debates internacionales tienen sobre el espacio académico.

Las teorías transitan (trafican, como gusta decir Claudia Costa) en su deriva desde el



